Apología — Robert Barclay — 120-122

semilla, gracia, palabra y luz de Dios

extracto de la Proposición V &VI § xiii y xiv

§ xiii. Segundo, por esta Semilla, Gracia, Palabra de Dios, y Luz afirmamos que todos son iluminados, y que tienen una medida de esto que lucha con ellos para salvarlos. Esta Luz y Semilla puede ser apagada, magullada, herida, oprimida, asesinada, y crucificada por la terquedad y maldad de la voluntad humana. Con estas palabras no nos estamos refiriendo a la esencia y naturaleza propia de Dios rigurosamente definida, porque esa esencia no se puede dividir en partes ni en medidas, porque es un ser sencillo y puro, carente de toda composición o división, y por lo tanto no es posible resistirlo, ni dañarlo, ni herirlo, ni matarlo, ni crucificarlo con ninguna fuerza ni intento humano. Nos referimos a un principio o instrumento espiritual, celestial, e invisible en el que mora Dios como Padre, Hijo, y Espíritu. Una medida de esta vida divina y gloriosa está presente en todo ser humano, como una semilla que por su propia naturaleza atrae, invita, e inclina hacia Dios. Es lo que llamamos *vehiculum Dei,*[1] o el cuerpo espiritual de Cristo, la carne y sangre de Cristo que descendió del cielo, de que todos los santos comen, y así son nutridos hacia la vida eterna. Esta Luz y Semilla testifica y amonesta contra todas las acciones inicuas, y esas acciones la dañan, la hieren, la matan, hasta que huye y se aparta del mal; de forma parecida la carne humana huye y se aparta de cosas cuya naturaleza le es contraria o dañina. Ya que esto nunca está separado ni de Dios ni de Cristo, sino que dondequiera que esto esté, Dios y Cristo están envueltos y enrollados ahí

[1] Término teológico en latín: "vehículo de Dios"

dentro de esto[2] — por lo tanto, cuando resistimos, se dice que estamos resistiendo a Dios; cuando lo aplastamos, se dice que estamos aplastando a Dios como un carretón sobrecargado,[3] y se dice que estamos matando y crucificando a Cristo.[4] Y por el contrario, cuando recibimos esta semilla en el corazón y la dejamos parir su efecto natural, Cristo toma forma y resucita en el corazón, que las Escrituras mencionan con frecuencia, llamándolo "el hombre nuevo"[5] y además "Cristo en vosotros, la esperanza de gloria."[6] He aquí ese Cristo interior, del que se nos oye hablando y declarando tan a menudo, predicando de él en todo lugar, exhortando a todos a que crean en la Luz y la obedezcan para que conozcan a Cristo nacido y despierto dentro de sí mismos para librarlos de todo pecado.

Con esto no intentamos igualarnos al santo hombre el Señor Jesucristo, nacido de la vigen María, en quien toda la plenitud de Dios moraba corporalmente; tampoco intentamos demoler* la realidad de su existencia presente, como algunos nos han calumniado falsamente.[7] Aunque afirmamos que Cristo mora en nosotros, esto no quiere decir directamente y sin intermediario, sino por un intermediario, puesto que él está en esa semilla que está en nosotros. Por otra parte, él, el Verbo Eterno que era con Dios, y era Dios[8] moraba en ese hombre santo sin

---

[2] En el texto damos la traducción del latín: *ubi est, ibi etiam Deus, & Christus est in illo involutus & velatus* "dondequiera que esto esté, ahí está Dios; y Cristo está envuelto y enrollado dentro de esto."
[3] El "carretón sobrecargado" no aparece en latín, omisión que concuerda con el hecho de que el inglés era para un pueblo que leía en su vernáculo, mientras que la versión original en latín era para eruditos.
[4] Hebreos 6:6
[5] Efesios 4:24
[6] Colosenses 1:27
[7] En la historia del cuaquerismo el caso más notorio de esta acusación ocurrió con James Nayler después re-presentación de la entrada de Cristo en Jerusalén. Lo acusaron de pretender ser Jesús.
[8] Juan 1:1.

intermediario. Él es la cabeza y nosotros somos los miembros; él es la vid y nosotros somos los pámpanos[9] El alma del hombre mora de forma mucho más directa en la cabeza y en el corazón, que en las manos o las piernas. La savia, fuerza y vida de la vid mora en el tronco y la raíz de forma diferente que en las ramas. De igual manera Dios mora de forma diferente en el hombre Jesús que en nosotros....

§ xiv. Tercero, no consideramos que esta Semilla, Luz, o Gracia sea un accidente, como creen la mayoría en su ignorancia, sino que es una sustancia[10] real y espiritual, que el alma del hombre es capaz de sentir y comprender. De esta sustancia el nacimiento real, espiritual e interior brota en el creyente, la nueva criatura, el nuevo hombre en el corazón. Esto parece extraño a los hombres de mente carnal, porque no lo han conocido,[11] pero nosotros sí lo conocemos y lo sentimos por experiencia verdadera y cierta. Para un hombre en su sabiduría natural es difícil comprenderlo hasta que llega a sentirlo dentro de sí; y si pudiera lograr entenderlo sólo como una noción, de poco le serviría. Aun así es posible dejar muy claro que esto es verdad, y que nuestra fe en ello tiene de base sólida. Cuando esta semilla interior y substancial en nuestro corazón recibe alimento, y tiene en nosotros su nacimiento, entonces tenemos la experiencia de esos sentidos espirituales realzados en nosotros que haciéndonos capaces

---

[9] Juan 15:5

[10] La distinción entre accidente y sustancia aparece en Aristóteles y fue importante en la metafísica de Tomás de Aquino y en la teología de la transustanciación. En términos simples, la sustancia es la esencia de una cosa, mientras que los accidentes son las características percibidas por los sentidos. Por ejemplo, un pan puede ser blanco o moreno, grande o pequeño, suave o duro, etc.; estos accidentes pueden variar, pero la sustancia esencial es pan. Según la teología católica, en la misa la sustancia cambia y ya no es pan sino el cuerpo de Cristo, aunque todos los accidentes siguen exactamente iguales.

[11] latín: *quia hisce peregrini & alieni sunt;* "porque ellos son forasteros."

de gustar, oler, ver, y tocar las cosas de Dios. Como antes dijimos, nadie puede lograr estas cosas por medio de su espíritu y sentido natural....

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, Proposition V & VI § xiii y xiv, (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) p. 120-122; y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 82-85.